

RSP 521 - Planificación y Evaluación Pastoral

Profesor: Marzo Artime, Ph.D.

Barry University, Spring 2026

Rev. José Enrique González Gaytán.

San Carlo Acutis dejó escrito:

«La tristeza es dirigir la mirada hacia uno mismo; la felicidad es dirigir la mirada hacia Dios. La conversión no es otra cosa que desviar la mirada desde abajo hacia lo alto. Basta con levantar la mirada, un simple movimiento de los ojos».

¿Dónde encontramos a Dios?

San Carlo Acutis me ayuda a contemplar la belleza de la verdadera felicidad, que consiste en levantar la mirada hacia Dios. Esto sucede de manera privilegiada en el momento de la consagración durante la Santa Misa, porque en ese instante se nos revela, en la medida de lo posible, la grandeza de Dios. Es un momento para quedar absortos, para detenernos y contemplar. No en vano muchos místicos han vivido profundamente este misterio, pues se trata de un instante de regocijo de todo el ser del cristiano que vive auténticamente la Eucaristía.

Uno no quisiera que ese momento terminara, porque Él también nos mira; Él ve lo que podemos llegar a ser y hacer. Al contemplar este misterio de amor, somos movidos —o deberíamos serlo— a vivir una vida transparente, reflejada en la blancura de la hostia que se ha convertido en el Cuerpo de Cristo. A la vez, estamos llamados a imitarlo en su entrega, haciéndonos “pan” para ser “alimento” para los demás, y a seguir descubriendolo en cada persona cercana a nosotros, en cada momento de la vida cotidiana.

La dimensión “orientada a los otros” de la oración y la Eucaristía

La conversión consiste en mirar a Cristo a los ojos y responder a su llamado a seguirlo para ser “pescadores de hombres”. La conversión es un proceso diario, un ejercicio constante del alma. En la oración y en la Eucaristía lo practicamos continuamente, porque no se trata solo de mirar un libro de oraciones, bajar la mirada o cerrar los ojos, sino de levantar la mirada hacia lo alto: hacia el crucifijo cuando oramos, o hacia la Hostia consagrada cuando participamos en la Eucaristía. De este modo aprendemos también a mirar al prójimo.

La Eucaristía nos transforma en aquello que recibimos. “Somos lo que comemos”, decía san Agustín. Los fieles que reciben la Eucaristía se transforman en lo que consumen: el

Cuerpo de Cristo. Por lo tanto, pasamos a formar parte del Cuerpo Místico de Cristo y, al mismo tiempo, vamos constituyendo el pueblo santo de Dios.

En la Eucaristía recibimos regularmente el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Al participar de su Sangre, se reafirma nuestra condición de hermanos de Cristo y de los demás, pues la misma sangre de Cristo fluye en nosotros. Esto debe impulsarnos necesariamente a la práctica de la caridad, especialmente con los más necesitados. Al final de la Eucaristía somos enviados a la misión que se nos ha confiado, para vivirla y practicarla en nuestro hogar, en el trabajo y en el vecindario.

Fundamentación bíblica: el juicio final (Mt 25, 31-46)

Este texto bíblico nos muestra quiénes serán bienvenidos en el Reino de Dios: aquellos que, a lo largo de su vida, manifestaron un amor marcado por la misericordia hacia los más necesitados, porque supieron ver en ellos el rostro de Cristo. Cristo no solo nos pide que actuemos de este modo, sino que Él mismo lo hizo delante de sus discípulos y continúa haciéndolo de alguna manera. Mas aún, desea seguir haciéndolo en nosotros y a través de nosotros.

Nos invita a vivir la alegría plena que se encuentra en dar más que en recibir, pero dando con la alegría de haberlo visto y encontrado en el necesitado. La relación entre fe y vida la asocio con el crucifijo, que nos recuerda, por un lado, el amor de Dios manifestado en Jesucristo (el madero vertical), y por otro, el amor al prójimo (el madero horizontal), ambos vividos a través de Jesús. Por ello, estamos llamados a levantar la mirada hacia Jesús en la oración, en la Eucaristía y en la vida diaria, reconociendo a los demás como otros *Cristos* y como hermanos en Cristo.

Cambio concreto

Este trabajo me recuerda y me invita a poner en práctica las tres marcas del cristiano, recibidas por nuestro bautismo:

1

Koinonía: Ser y hacer comunidad con Dios, cultivando cada día mi relación con Él. Ser y hacer comunidad con los demás, construyendo relaciones de unidad y comunión.

2

Diakonía: El servicio. Me cuestiono si realmente estoy sirviendo a Dios: ¿estoy dedicando el tiempo necesario para servirlo?, ¿qué estoy haciendo con mi vida? Lo que me resta de vida es lo mejor de mi vida, y estoy llamado a ofrecerlo —lo que se conoce como *stewardship*—: mi tiempo, mis talentos y mi tesoro, a Dios y a los demás.

Kerygma: Proclamar y testimoniar la fe para ayudar a otros a crecer espiritualmente y llevar la presencia de Dios, de Jesús, a los lugares y personas que viven en tinieblas o que aún no lo conocen.